

ORTODOXIA Y HEREJÍA EN LA ANTROPOLOGÍA MEXICANA

ANDRÉS MEDINA

Es un muro infranqueable, sometido y gobernado por los de arriba, como en una sociedad cualquiera del supuesto mundo libre, donde la voz del amo es la que manda para crear más pobres y muertos de hambre, miserables, a cambio de unos cuantos ricos encaramados en el poder represivo del que sólo emergen órdenes y mandatos humillantes, diabólicos, y donde cualquier falla es remediada en forma brutal con amital, largactil, valium, electricidad, gas, insulina: el dominio entero sobre lo único que cada ser tiene para sí mismo, su propio cuerpo, sus propias células mortales que le son arrancadas de cuajo al menor intento de desobediencia, de rebeldía, de inconformidad.

(Luis Carrión Beltrán, en *El infierno de todos tan temido*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975).

El desarrollo contemporáneo de la investigación antropológica en México expresa una diversidad teórica que corresponde a la gradual polarización de los procesos económicos y políticos que afectan al país; la creciente concentración de la riqueza y el poder, con el consecuente aumento en el número de desposeídos, tiene su razón de ser en un desarrollo capitalista cuyas directrices se imponen desde los grandes centros hegemónicos del imperialismo. Esto determina contradicciones en el país que surgen de las necesidades de un desarrollo independiente y las exigencias de una población miserable, marginada políticamente y explotada con cada vez mayor eficiencia.

La práctica profesional de la antropología hasta recientemente ha observado una evolución plegada a las condiciones políticas de su época, lo que fluctúa desde una ciencia supuestamente neutral, aséptica, apolítica, a un respaldo incondicional al popu-

lismo vigente. Las polémicas científicas se habían centrado en torno a la adecuación interpretativa de teorías procedentes de las grandes metrópolis de la ciencia, o bien a la reproducción de las polémicas surgidas de teorías rivales en los mismos centros metropolitanos. Tal situación sólo ocasionalmente rebasaba las páginas de las publicaciones especializadas y de hecho constituía una parte de la actividad científica cotidiana, la "ciencia normal" descrita por T. S. Kuhn.¹ Sin embargo la instauración del régimen presidencial actual, que pregona una apertura democrática y ha impulsado como nunca antes la investigación antropológica en las instituciones gubernamentales correspondientes, y de manera especial su expresión política, el indigenismo, ha destrozado la unidad clásica anterior y expuesto a la luz pública tendencias que, si bien se expresan en concepciones teóricas diferentes, corresponden a procesos políticos también distintos. Así, la intención de este breve escrito es mostrar la relación entre los diferentes contendientes teóricos y algunos de los procesos políticos reconocibles en la sociedad mexicana actual.

Para destacar los aspectos ideológicos que envuelven el desarrollo de la antropología mexicana me valdré del esquema conceptual utilizado por David E. Apter en un interesante análisis de las alternativas políticas que se presentan a las naciones africanas y asiáticas recientemente independizadas del colonialismo europeo.² En su ensayo Apter señala cómo en varios de los nuevos países es el propio gobierno el que se hace responsable de elevar la productividad, con frecuencia en una situación caracterizada por una estructura estatal monolítica, un gobierno autocrático y una extensa gama de exigencias sociales. El resultado, dice Apter, es una politización de toda la vida social y la adopción por el gobierno de una autoridad excepcional que tiende a ser monopólica; existe, además, una necesidad de sustituir las viejas creencias tradicionales por otras alternativas acordes con las exigencias del proceso de modernización. El resultado es una doctrina política que es en efecto una religión política. Así, la combinación de rasgos autocráticos y

¹ Kuhn, Thomas S. *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago, The University of Chicago Press, 1962. 172 pp.

² Apter, David E. *Political religion in the new nations. Old Societies and New States. The quest for modernity in Asia and Africa*. London, The Free Press of Glencoe, 1963, pp. 57-104.

la dependencia de una autoridad político-religiosa, concluye Apter, en varios los nuevos regímenes crea inestabilidades latentes en el proceso de desarrollo que, una vez manifiestas, no pueden resolverse por medidas democráticas o totalitarias (*sic*), sino por algo diferente: las "soluciones políticas" tomarán la forma de modernas teocracias, las que crearán ideologías en las que el individuo se identifica con el Estado, pero sobre todo permitirán esconder las grandes discrepancias entre teoría y práctica. Esto se logrará por una fuerza simbólica poderosa, irracional, que bien puede incluir fines racionales. Esta fuerza simbólica es la religión política. Una moderna sociedad teocrática universaliza deseos y necesidades, estimula el desarrollo elevando los fines materiales y mundanos al nivel de lo sagrado; el sufrimiento adquiere entonces un significado religioso. El nacionalismo, en tanto sistema ideológico, mantiene las características que lo acercan a una religión y con frecuencia permite la formación de sistemas dictatoriales. La proposición de Apter, con todo lo discutible que tiene en muchos sentidos, permite subrayar una serie de aspectos presentes en el nacionalismo que se entienden mejor cuando se ubican en el contexto de la analogía religiosa y dejan destacar a la ortodoxia militante, la herejía, el ceremonial que sanciona las creencias y la irracionalidad que permea todo este sector de la ideología política.

Si consideramos al nacionalismo mexicano como una especie de religión política, nos encontraremos al presidente en posesión de poderes absolutos y de quien emanan el paternalismo y el autoritarismo del régimen. Esta caracterización corresponde a la que se ha hecho del presidencialismo, como institución principal del Estado mexicano:

El Presidente de la República ejerce la intromisión paternalista del Estado —y por tanto de la clase gobernante— en la vida y la organización de las masas. El derecho de los campesinos a tener la tierra y a usufructuarla depende de su decisión, la agrupación sindical de los obreros está condicionada a su aceptación, el ejercicio del derecho de huelga a su calificación. Es el supremo administrador de los bienes de la nación —la tierra, el subsuelo, el tesoro público—, y no tiene obligación de rendir cuentas a nadie sobre su uso o abuso. La existencia de partidos políticos está sometido a su "reconocimiento" y esta facultad se aplica de tal manera que sólo existen los partidos que respaldan al régimen

político —también ligado al Presidente—, los que de hecho son obligados a renunciar a la lucha por la conquista del poder.³

Sin embargo, una de las cualidades de la ideología, acentuada mas todavía en la irracionalidad de la religión, es la de invertir la realidad, la de ocultar así los fenómenos reales y argüir sobre la veracidad del nivel de la apariencia. Basta contrastar las afirmaciones populistas de actuar para los explotados, los campesinos y los obreros, de buscar incansablemente la justicia social, etcétera, con los hechos reales consignados por diferentes estudiosos para entender la poderosa fuerza simbólica, irracional, del nacionalismo. Como lo consigna Roger D. Hansen:

no ha habido otro sistema político latinoamericano que proporcione más recompensas a sus nuevas élites industrial y agrícola-comercial. Los impuestos y los costos por salarios que han debido pagar han sido bajos, sus utilidades han sido elevadas y la creciente infraestructura pública que sirve de base a sus esfuerzos productivos se ha mantenido paralela a sus necesidades. A pesar de las fricciones que puedan haber existido entre los sectores público y privado hace treinta años, es difícil imaginar un conjunto de políticas destinadas a recompensar la actividad de los empresarios privados en mayor proporción que las políticas establecidas por el gobierno mexicano a partir de 1940.⁴

Pero donde quizá aparece mejor la característica irracional de la ideología es en la reacción inmediata que procede de los círculos oficiales ante acontecimientos imprevistos. Un excelente ejemplo lo encontramos en el incidente habido en el pasado mes de marzo, cuando se suscitó un escándalo durante la ceremonia de inauguración de cursos, en el que resultaron agredidos el Presidente, el rector y otros funcionarios del gobierno. La ceremonia tuvo dos momentos culminantes, uno en el interior del recinto donde se efectuaba la ceremonia, cuando una multitud enardecida impedía oír los discursos del rector y el Presidente; el otro momento correspondió a la salida de los funcionarios del local, en medio de una confusión provocada por grupos de choque para-militares que agredieron a los estudiantes

³ Unzueta, G. *Nuevo programa para la nueva revolución*. México, Ediciones de Cultura Popular, 1974, p. 48.

⁴ Hansen, R. D. *La política del desarrollo mexicano*. México, Siglo Veintiuno Editores, S. A. 1971, p. 117.

y alcanzaron a los funcionarios en su apresurada retirada. Mientras el Presidente pronunciaba su discurso, tuvo que interrumpirlo frecuentemente para dirigirse a la multitud y lanzar acusaciones como "gritería anónima, que no es valiente y sí cobarde", "alarde de jóvenes pro-fascistas... manipulados por la CIA, que emulan a las juventudes de Hitler y Mussolini".⁵ La reacción estudiantil de rechazo obedeció a diversos factores, pero de mayor importancia son las relaciones accidentadas entre gobierno y estudiantes desde la masacre de 1968 y otros acontecimientos posteriores de carácter represivo; por otro lado estaba el hecho de haberse realizado la visita del Presidente sin el consenso de la base estudiantil y el haberse originado en una decisión personal. El caso es que a partir del día 15 de marzo y por varias semanas se sucedió una cantidad inusitada de inserciones pagadas en todos los periódicos de la capital, en los que se condenaba la agresión, que se supuso provenía del fascismo, de la CIA, de "oscuros intereses", del "anti-México", etcétera, y se respaldaba la conducta del Presidente. El sentido de esta reacción es revelado en una nota insertada en un diario, en la que se dice:

El alud de desplegados que cubrió las páginas de los periódicos en los últimos diez días, parecía destinado, más que a explicar los acontecimientos del viernes 14 en la Universidad Nacional, a ocultar su verdadera significación. Mediante expresiones de una solidaridad no razonada con la actitud del Presidente y ataques genéricos al movimiento estudiantil y a la misma Universidad, el coro de apoyadores profesionales intentó oscurecer la realidad que se evidenció durante la visita del Presidente Echeverría a la UNAM.⁶

Lo cierto es que desde la posición nacionalista todo aparece desde una tajante perspectiva maniquea, la disidencia es una amenaza total al orden establecido, no se trata de entender una posición, un acontecimiento cualquiera, basta con que sea demonizado por el Presidente o alguno de los altos funcionarios que actúan como sus intérpretes para que el conjunto de instituciones públicas y privadas, a través de todos los medios bajo su control, ejecuten el ceremonial de repudio sin el menor asomo de razonamiento; la represión toma entonces una forma abierta.

⁵ *Excelsior*, sábado 15 de marzo, 1975.

⁶ *Excelsior*, jueves 27 de marzo, p. 13-A.

Sin embargo existe la posibilidad de que estemos juzgando los acontecimientos todavía bajo el efecto del programa desarrollista que va de 1940 a 1970, y no queramos ver los efectos de la apertura democrática anunciada desde el principio del actual sexenio; y no es un hecho que provenga de los círculos burocráticos, numerosos intelectuales que se ubicaban en la disidencia en el régimen anterior constatan el nuevo clima político; para algunos de ellos la alternativa es "Echeverría o el fascismo", otros simplemente afirman "Se inicia la democracia en México."⁷ La ilusión de un gobierno neocardenista adquiere una realidad que parece confirmar el ritual presidencial cotidiano: la visita constante a apartados lugares en donde escasamente se había parado antes un funcionario del gobierno, la política internacional vinculada al Tercer Mundo, el apoyo a regímenes progresistas, etcétera. Si la política indigenista adquiere una importancia inusitada en el régimen del general Cárdenas, lo mismo volvemos a encontrar en el actual sexenio, en el que el presupuesto para la acción indigenista oficial, en el Instituto Nacional Indigenista (INI), y el de investigación, conservación y difusión del patrimonio cultural, en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), reciben un considerable impulso; la investigación de alto nivel teórico es posibilitada con la creación del Centro de Investigaciones Superiores del INAH, CIS-INAH. Y no sólo esto, los símbolos de lo indígena y de la cultura popular adquieren carta de ciudadanía en el ceremonial presidencial. Finalmente, el hecho más relevante desde el punto de vista de los antropólogos profesionales es el encontrar a uno de ellos en una elevada posición política que reúne bajo su mando la totalidad de las instituciones oficiales ligadas al indigenismo y a la antropología. Antes de argumentar en el sentido de que las condiciones políticas y económicas del país hayan cambiado o no, es posible afirmar que con respecto a la importancia de la antropología en el seno del aparato gubernamental sí ha habido un cambio sustancial, y ello explica en buena parte la definición de diferentes posiciones teóricas. Permítasenos una breve digresión histórica para entender mejor la situación actual.

En primer lugar, en el contexto profesional de la antropología mexicana su definición corresponde a la concepción boasiana, en la que partiendo del concepto de cultura se derivan las cuatro

⁷ *Excelsior*, miércoles 10 de mayo de 1972.

especialidades tradicionales: etnología, arqueología, antropología física y lingüística. Esta concepción fue traída a México por el propio Boas y sostenida por Manuel Gamio, discípulo brillante que supo adecuar su preparación teórica a las realidades nacionales. Posteriormente, al trasladarse la Escuela Nacional de Antropología e Historia al Museo y pasar a formar parte del INAH, el plan de estudios, inspirado en la misma tradición culturalista estableció las cuatro especialidades señaladas, basándose en el marco general de la teoría de la cultura. Bajo esta concepción totalista se han formado los antropólogos profesionales mexicanos. Pero más que encontrar la unidad en la teoría la encontramos en el sujeto de estudio: las sociedades indias en el pasado y el presente. Esto significó que al iniciarse los estudios antropológicos en México existía ya una tradición histórica y política ligada al conocimiento de lo indígena; la enseñanza formal dio pues un *status* formal y profesional a una práctica que antes desarrollaban estudiosos de la más variada formación. Lo más importante del estudio del indio es que desde sus más remotas expresiones en la Colonia se asocia a una conciencia nacional, en el siglo xvi es la Virgen de Guadalupe, ligada no sólo a los indios sino más específicamente a lo náhuatl, su importancia como símbolo del nacionalismo ha sido señalada ya por E. Wolf.⁸ Posteriormente el jesuita Clavijero y luego Bustamante buscan en lo indio el sentido nacional de lo mexicano. El México independiente del siglo xix da otra perspectiva a la preocupación por lo indio, ahora su ignorancia y su distintividad cultural y lingüística se tornan en un problema para la formación de un país moderno; es cuando encontramos las proposiciones de "modernizarlos", de cambiarlos, de mejorarlos. Lo cierto es que las clases dominantes toman todo tipo de medidas, económicas, políticas y militares, para aniquilarlos. La ciencia de la época clasifica sus lenguas, escribe su historia, acumula sus antiguallas en museos. El nacionalismo de los regímenes revolucionarios conjuga la búsqueda de la conciencia nacional en las culturas indias y su aniquilación en nombre de la unidad nacional, esto es efectivo especialmente a partir del desarrollo iniciado en 1940. Antes de esta época la preocupación por lo indio como parte de la nacionalidad es sustanciada por un numeroso grupo de intelectuales que se dan a la

⁸ Wolf, E. The Virgin of Guadalupe: A Mexican National Symbol. *Journal of American Folklore*, vol. LXXI, 1958, pp. 34-39.

tarea de estudiar, describir y difundir las características propias de las sociedades indias, pero hay un hecho notable, se busca en los indios vivos la grandeza de aquellos aplastados por la Conquista. A partir de la Revolución se elabora una ideología de lo indio en los medios intelectuales, oficiales y privados, es decir, construye imágenes estereotipadas, lejanas, plenas de poesía, de paisaje, pero irreales; sin embargo cumplen el fin de recrear las raíces telúricas del mexicano mestizo; desde entonces se crea la imagen popular del indio, presente en diferentes expresiones artísticas e inclusive en el cotidiano sentido común, el indio poético y lejano, o bien el tonto y próximo, son los lugares comunes. Frente a este complejo proceso que hace de la cultura india un ingrediente básico al nacionalismo está el papel de la antropología, que aportará los instrumentos de la ciencia para lograr los objetivos nacionales.

En el régimen cardenista la política indigenista es básicamente llevarles las técnicas modernas, devolverles sus tierras, darles educación elemental, enseñarles castellano. La difusión del culturalismo norteamericano conduce a una proposición nueva: cambiarlos y respetar su cultura al mismo tiempo, pero también introduce un artificio teórico, describirlos en sus particularidades, en aquello que los separa de lo "occidental"; esta es la tendencia que se origina en 1940 y que da lugar a una antropología profesional divorciada de la realidad, una preocupación académica que continúa las de los viejos historiadores y segrega al indio conceptualmente; se establece entonces una comunicación directa entre el indio de los etnólogos y el de los arqueólogos. Pero estos mismos académicos participan de las gigantescas tareas del proyecto desarrollista, y lo hacen en dos niveles: el de la política indigenista y el de los proyectos de desarrollo regional. Con relación a estos últimos su participación los liga a los que se llevan a cabo en las grandes cuencas hidráulicas, pilar de la agricultura capitalista. La apertura a la irrigación de nuevas tierras, así como la aplicación de técnicas modernas que multiplican las cosechas, constituye uno de los aspectos fundamentales del acelerado desarrollo económico que lanza a México por los senderos del subcapitalismo, en ellos están presentes los antropólogos: para estudiar los efectos del cambio, en el caso del Tepalcatepec, o bien para facilitar la tarea de movilización de aquellas poblaciones indias que obstaculizan los planes de construcción, como es el caso de la Cuenca

del Papaloapan, tanto en la etapa de construcción de la Presa Miguel Alemán, como en la más reciente de Cerro del Oro. En la primera se moviliza a miles de mazatecos, a los que se lanza a zonas lejanas y de menor fertilidad; en la segunda se desaloja a miles de chinantecos, esto último es denunciado como un acto de *etnocidio* en una publicación europea.⁹ En los proyectos sobre el río Grijalva participan también antropólogos, ya que son afectadas poblaciones indígenas y sólo los profesionales de la antropología saben como manejarlos. La contribución de los antropólogos a los grandes proyectos de irrigación tiene una importancia mínima desde el punto de vista del volumen de la inversión total dedicada a la obra, los habitantes indígenas de las regiones irrigadas se erigen más como obstáculo que como beneficiarios; los que recibirán las ganancias de estas grandes obras serán los grandes capitalistas nacionales y extranjeros que invierten en las regiones. Al nivel de la política indigenista la contribución de los antropólogos se hace a nivel de la ideología; se da gran publicidad a los programas indigenistas, se justifican señalando la necesidad de integrarlos, de lograr un país unido bajo una misma conciencia nacional: la del mestizo. Así los antropólogos indigenistas contribuyen a construir la conciencia nacional, la religión política de Apter, pero también ayudan a transformar al indio de tal forma que contribuya al desarrollo capitalista como proletario, como pequeño productor de café, como artesano, es decir, como explotado. Su cultura irá al museo, su pasado se reconstruirá en las pirámides, para ser conocido por los turistas extranjeros. En fin,

...la ideología indigenista de corte tecnocrático —después de contribuir a la desaparición social del indígena— lo resucita al nivel de la realidad cultural; la demagogia consiste en proclamar que la *cultura indígena* entra a la sociedad por la puerta principal —como invitada de honor— mientras que al *indígena real* se le hace pasar por la puerta de servicio para que se integre —despojado de su cultura— como proletario. Así pues, las instituciones gubernamentales encargadas de aplicar la política indigenista se han convertido en administradoras de una cultura des-

⁹ Barabas, A. y M. Bartolomé. *Hdraulic development and ethnocide: the Mazatec and Chinantec people of Oaxaca, México*. (IWGIA Document, 15.) Dinamarca, International Work Group for Indigenous Affairs. November, 1973, 20 pp.

pojada de su base social y material; de una cultura "limpia" de la miseria que acompañaba a sus portadores, de una cultura que puede entrar a los salones de la burguesía y aparecer en la televisión. La política indigenista del Estado ha contribuido al asesinato del indígena; al igual que los intereses de la burguesía, el Estado también necesita del cadáver cultural del indio, para alimentar el mito de la unidad nacional: de la misma forma como se fusionan igualitariamente las tres culturas, las clases sociales —los pobres y los ricos— se encuentran hermanadas en el seno de la sociedad mexicana. Las instituciones indigenistas oficiales no son más que agencias permanentes de las pompas fúnebres del indígena, velas perpétuas del cadáver del indio.¹⁰

La gran crisis de 1968 tiene consecuencias de importancia decisiva en el desarrollo de la antropología mexicana; antes el gremio de los antropólogos constituía un pequeño grupo que trabajaba en las tareas de reconstrucción cultural, etnográficas y en las indigenistas sin crítica fundamental ni a las teorías vigentes ni al sistema político mexicano; la mayor parte de los profesionales trabajaba en instituciones oficiales, en tareas administrativas o en la investigación. El movimiento del 68 trajo consigo una poderosa crítica y una denuncia de la antropología colonizada y del indigenismo como instrumento de los designios de la burguesía gobernante. El primer impulso fue de rechazo total a toda la ciencia conformista anterior, el segundo condujo a una reorganización, y aquí es donde encontramos las diferentes sendas tomadas y las consecuencias teóricas que ello ha significado. El acontecimiento clave lo constituyó la incorporación en el aparato burocrático del actual régimen del grupo disidente que encabezó la crítica del 68. Cuando dicho grupo renunció a sus puestos de profesores en la ENAH, impulsó su nueva concepción en el seno de una universidad privada controlada por jesuitas. Esto fue un hecho importante, dado que se iniciaba la enseñanza profesional de la antropología en universidades particulares, fuera de los recintos de la ENAH, proceso que por cierto ha continuado y se ha extendido a otras universidades; en ellas se forman profesionales que habrán de incorporarse tanto al sector privado como a las filas de la burocracia con alto nivel técnico y teórico. Dado que también se rechaza la formación de antropólogos indigenistas en la ENAH, el INI

¹⁰ Bartra, R. El problema indígena y la ideología indigenista. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. xxxvi, núm. 3, pp. 459-482. 1974.

habrá de nutrir sus cuadros de otras universidades, especialmente de la escuela de Antropología de la Universidad Veracruzana.

El régimen actual ha dado una gran importancia al desarrollo de la antropología tanto en lo que se refiere a la política indigenista, en la que se ha programado la instalación de 60 centros coordinadores, instrumento de la acción indigenista, que contrasta con los 11 fundados en los veinte años anteriores de existencia del INI, como en lo relativo a la promoción de una enseñanza altamente calificada que forme investigadores con las mejores virtudes, a través de programas cuidadosos a los que contribuyen investigadores extranjeros traídos de diversas partes del mundo. Aquí en el CIS-INAH se construye la antropología oficial, tanto en su expresión aplicada como académica, ambas dedicadas al fortalecimiento de la conciencia nacional, a aportar al nacionalismo los refinados elementos que produce la más avanzada ciencia. Esta vez la falta de recursos no será un obstáculo, ni la morosidad administrativa; todo se conjuga en favor de la preparación de una élite de científicos que haga avanzar la antropología. La identificación con el actual régimen no se concreta a reconocer los cambios habidos gracias a las profundas modificaciones hechas por el presidente Echeverría, a dar cuenta de una nueva orientación económica contraria al desarrollismo anterior; hay también una comunidad de propósito para construir los instrumentos institucionales que sirvan tanto al crecimiento de la antropología oficial como al fortalecimiento del régimen establecido; en este sentido se ha creado un Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, integrado por aquellos que trabajan en el CIS-INAH. Pero también esta antropología ha incorporado la concepción maniquea que ve en todo disidente un hereje a quien hay que condenar. Los antropólogos del CIS-INAH son aquellos que mantienen una actitud analítica y crítica ante los problemas de la realidad nacional, los otros son burócratas que se momifican en sus puestos; ellos son los científicos objetivos y con el conocimiento teórico adecuado, los otros son herederos del porfirismo, anticuarios, demagogos pseudo-radicales, etcétera. Esta manera de responder a las críticas corresponde a la pauta establecida en otros ámbitos de la política nacional y si bien demoniza a los críticos oculta las diferentes tendencias que se dan en el sector ajeno a su ortodoxia militante.

Un grupo considerable de antropólogos que podemos identificar como constituyendo una tendencia es la de aquellos formados en la orientación culturalista anterior al 68, dedicados en su mayoría a la enseñanza y a la investigación, forman los cuadros básicos de las diferentes dependencias del INAH y contribuyen de diferente manera a cumplir las funciones encargadas por ley a dicha institución, especialmente en lo referente a la conservación, investigación y difusión del patrimonio cultural. Es el grupo que creó la Asociación Mexicana de Antropólogos Profesionales hace cerca de veinte años (AMAP) y mantiene una posición liberal y nacionalista.

Otro grupo lo integran generaciones recientes de antropólogos profesionales, todos ellos con una avanzada posición teórica, con una actitud crítica hacia la antropología oficial y en busca de nuevos campos, nuevas concepciones teóricas. Algunos de ellos con una formación de post-grado en el extranjero, todos comparten la inquietud de crear una nueva antropología que incorpore los avances hechos en otros países y defienden su independencia crítica. Vinculados a diferentes instituciones de educación superior, todos ellos están por el rigor teórico en la investigación y en la enseñanza, así como por su vinculación con los movimientos progresistas de otras partes del mundo. Son colaboradores de las revistas *Nueva Antropología*, *Cuadernos Políticos*, y otras donde participan junto con los demás científicos sociales.

Finalmente está el grupo que propugna por una antropología marxista que se vincule a las contradicciones actuales de la sociedad mexicana y se ligue al punto de vista de los explotados; sus integrantes comparten una actitud crítica no sólo hacia la antropología oficial, sino a la mayor parte de la antropología y muchos de ellos mantienen una posición de rechazo a la misma, encauzándose directamente por las sendas del materialismo histórico y la economía política; otros consideran que la investigación antropológica desarrollada en el país ha reunido un monto considerable de datos a los que es posible analizar y utilizar para la construcción de una ciencia en el marco de la teoría marxista, y sus primeras tareas han consistido en críticas a diversos aspectos de la práctica antropológica contemporánea, lo que equivale a decir tanto del indigenismo, el funcionalismo académico como de la distorsión ideológica en los medios de comunicación popular. Estas críticas iniciales han desatado una

reacción que revive en cierta forma la polémica sobre el indigenismo y el colonialismo de la antropología mexicana, pero no para que sean mejorados sino simplemente para superar las limitaciones de la antropología atada al nacionalismo mexicano. Se busca una ciencia que reintegre al indio a su condición de campesino explotado, de jornalero, de proletario, de pequeño propietario y lo vincule a la lucha de los campesinos y a la de los obreros en la ciudad. Se trata de construir una antropología con un contenido revolucionario que reintegre a los trabajadores de la cultura a las tareas que les corresponden en la vanguardia del movimiento proletario organizado, que los incorporen orgánicamente a los explotados. Situados en este contexto las tareas son inmensas, no solo por lo que se refiere a las actividades correspondientes a la formación de una conciencia revolucionaria, sino también por la confrontación constante con las tendencias tradicionales que ven en esta orientación una negación de la antropología convencional; es fácil el escepticismo, pero es el único camino para devolver a la antropología la dignidad que usurpó como "ciencia del hombre" y que ahora debe retomar sirviendo no al hombre en abstracto sino al negado por la ciencia oficial.

¿Cuales son pues los procesos sociales a que se ligan estas tendencias tan escuetamente caracterizadas?. Por una parte está la antropología oficial ligada al régimen vigente, es decir, integrada orgánicamente al nacionalismo mexicano y con una importante función dentro de él como articulador ideológico. Es la ciencia del subcapitalismo mexicano, dedicada también a servir a los procesos que el desarrollo económico y político requieren; esta vez le ha tocado anunciar la aparición de un régimen supuestamente democrático y en ruptura con el desarrollismo previo, pero lo cierto es que el cambio ha sido exclusivamente a nivel de la ideología, y si bien ha acentuado la importancia de la antropología en las tareas gubernamentales, en el campo de la economía y la política el régimen actual continúa las tendencias observadas en el programa de desarrollo iniciado en 1940. La ilusión del neocardenismo fomentada por numerosos intelectuales que anunciaban al principio del sexenio el comienzo de una nueva democracia, ha sido disipada, como lo señala tajantemente L. Villoro al analizar las diferencias entre el actual gobierno y el del general Cárdenas, éste dedicado a la construcción de un Estado fuerte apoyado en los movi-

mientos populares, aquél atado a la gran burguesía nacional y extranjera, sin base popular y sin salida para su crisis.¹¹ Pero quizá la negación más brutal a las candorosas afirmaciones de las modificaciones profundas son los datos procedentes del sector de la economía, como lo señala J. Tatebiate:

...1973 fue un año en que la economía se caracterizó por la agudización de desequilibrios anteriores, a lo que contribuyó considerablemente la ineptitud del Estado para diseñar e implementar políticas de estímulo adecuadas al desarrollo capitalista, así como por la crisis general del sistema mundial como conjunto. Empero los desequilibrios que se expresaron en forma de inflación, de pérdida de capacidad de compra de los trabajadores, del endeudamiento externo creciente, de un déficit externo formidable y de violentos bandazos en los lineamientos de política económica, se vieron acompañados por una expansión considerable del sector industrial, de una recuperación modesta del sector agropecuario y de una alarmante debilidad del sector petrolero y minero.

La interrogante para 1974 no es si el Estado se superará a sí mismo y finalmente controlará, en el grado que pueda, algunas de las variables económicas importantes, o reducirá su deuda. Todo ello es altamente improbable en las condiciones actuales.¹²

Por otra parte el grupo "Nueva Antropología" se asocia con los sectores progresistas de la pequeña burguesía, intelectuales independientes que mantienen una actitud sin compromiso político inmediato pero que fácilmente son asimilables a las tendencias tecnocráticas de la sociedad mexicana, no necesariamente a las filas de la burocracia, pero sí a los centros de investigación que forman a los técnicos y especialistas que el gobierno y la iniciativa privada requieren. El grupo organizado en torno a la AMAP tiene una importancia decreciente y sus integrantes se sitúan en el contexto de la burocracia. Finalmente el grupo de tendencia marxista trata de construir una ciencia vinculada a los explotados, es decir pretende contribuir a la organización de los obreros y campesinos poniendo a su servicio el bagaje conceptual de la antropología que adquiera su conte-

¹¹ Villoro, Luis. México: el neocardenismo como espejismo. *La Cultura en México*, Suplemento de *Siempre*, núm. 564. México, D. F., noviembre de 1972.

¹² Tatebiate, J. La economía mexicana y sus perspectivas. *Socialismo*, núm. 1, pp. 40-60. 1er. trimestre de 1975, p. 59.

nido en las condiciones que la lucha de clases le impone actualmente. ¿Qué significado tiene todo esto para la supuesta polémica entre los antropólogos mexicanos? En primer lugar que la verdad de las posiciones adoptadas no es una cuestión escolástica, es decir, para volver a referirme a T. S. Kuhn, la discusión no va a conducir al convencimiento de ninguno de los contendientes, al reconocimiento de error; en la medida en que las tendencias continúen vinculadas a sus diferentes grupos sociales su importancia corresponderá no a la fuerza de sus argumentos sino a la disposición táctica de dichos grupos en el seno de la sociedad mexicana. O sea, frente a la demonización y represión desde las filas de la antropología oficial, las otras tendencias tomarán la posición que les corresponde en el contexto de la lucha de clases.

SUMMARY

Recent developments in anthropological research in Mexico reveal theoretical diversity which corresponds to the gradual polarization of the economic and political processes which, in turn, affect the country. In this paper we will try to demonstrate the relationship among the different theoretical positions and some of the identifiable political processes in present Mexican society.